



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

19 de enero de 1889

Núm. 64



CAMINITO DE LA ESCUELA

Ayuntamiento de Madrid



## UN RATO DE CHARLA



ojo un periódico, y leo:

«En el teatro de Vitoria se produjo hace tres noches un fuerte escándalo. Se representaba la popular zarzuela *Pepe-Hillo*, y el becerro que sale á escena en el último acto de la obra se fué derecho á la batería de quinqués del escenario, alguno de los cuales hizo trizas. Después saltó por encima del tornavoz del apuntador y fué á chocar con el director de la orquesta, quien cayó de su alto sitio sobre el primer violín. Hubo destrozos y abolladuras de instrumentos, gran confusión entre los profesores instrumentistas, y un herido y un contuso, el citado director y el Sr. X.\*\*\*, afortunadamente leves.»

No ocultaré que la noticia me ha producido muy desagradable impresión: primero por haber resultado heridos, aunque no de cuidado; y en segundo lugar por haber ocurrido la cosa en una ciudad modelo de ilustración, cultura y adelantamiento, como es la capital alavesa.

Pase que en los circos ecuestres se den espectáculos en que aparecen borriquillos, cochinitos, becerrillos y aun toros de punta (amaestrados); pero ¡en una obra lírica! ¡en una ópera cómica española!

Yo os confesaré ahora que, á pesar de lo popularísima que parece ser la zarzuela *Pepe-Hillo*, no me han entrado nunca ganas de saber lo que es; pero aun sin conocer nada del argumento (si es que *sale*), desde ahora declaro falto de gusto eso de sacar un cornúpeto á las tablas, procedimiento que de generalizarse traería las más inesperadas y lamentables consecuencias.

Porque si á título de tratarse de un torero se sacan toros á la escena para mayor *ilusión* (aunque otros dirían que para mayor *realidad*), no veo yo qué razón habría para no sacar otro en la hermosísima ópera de *Carmen*, ó bien varios cocodrilos en *Aida* que chapuceasen por el Nilo, ó bien que se celebrase un verdadero auto de fe en *Don Carlos*, ó se arrojasen verdaderos copos de nieve en vez de pedacitos de papel en *Los perros del Monte de San Bernardo*.

A mí me gusta mucho que las cosas del teatro revistan toda la ilusión de verdad posible (y por eso no puedo tolerar las comedias en redondillas y romances); pero no quiero que me suelten ningún toro, pues para eso ya sabría yo irme á *contrabarrera* por si acaso se le ocurría meterse en *el callejón*.

Pero ¡señor! si así como es mentira que haya existido nunca el dios Apolo, existiese de veras, ¿qué iba á decir? Vamos á ver: ¿qué iba á decir el dios pimpleo al enterarse de que el protagonista de una obra musical era un toro ó becerro, ó lo que sea que sale en *Pepe-Hillo*? ¿En eso



deben emplearse los violines y las flautas? ¿Es posible que un director de orquesta necesite, antes de subir á su silla... de Vitoria, aprender á *dar pases* y á capear? ¡Oh contubernio filarmónico-taurino inverosímil! ¿Qué dirán las naciones cuando sepan eso?

Mas dejémonos ya de torerías, rogando de paso al Altísimo que toque en el corazón de los empresarios y espectadores de teatros para que ni los unos den más *Pepes-Hillos* ni se les ocurra á los otros hacerse cómplices de tamañas mamarrachadas.

La verdad es que á veces va uno al teatro con un objeto y se encuentra con que le resulta un espectáculo muy distinto. No hablo, por supuesto, ni remotamente, de la posibilidad de un siniestro, sino de las sorpresas que recibe uno á veces, ora viendo inmis-



La niña laboriosa

cuirse un gato en un coloquio de enamorados, ó contemplando una decoración de las pirámides de Egipto en la ópera *Rigoletto*, como vi yo una vez en cierto gran teatro. Pero una cosa que no olvidaré nunca fué la sorprendente novedad que ofreció el quinto acto de *Fausto* en un teatro de provincia de tercera clase, y fué que, en vez de aparecer alumbrada por luces de bengala la ascensión de Margarita á las bambalinas, comenzaron á cruzarse de derecha á izquierda y de izquierda á derecha multitud de bombas de colores, ó séase candelas romanas. ¡El pirotécnico se había equivocado!

Otro recuerdo que conservo es el de una representación del *Barbero* á que tuve el gusto de asistir en un teatro de cierta populosa capital. Aquello era un museo de trajes, y, para que nada faltase, apareció el conde de Almaviva, en el concertante final, vestido de pantalón, ameri-



cana y sombrero hongo, sin que á ningún espectador se le ocurriese que aquel anacronismo era absolutamente intolerable.

Todos los extremos son malos, sin embargo; y si tanta desidia é ignorancia indignan, la meticulosidad de otros abruma. En París, por ejemplo (y aun más en el *Lyceum* de Londres), el cuidado por la exactitud llega al colmo. Ahora están representando en la Comedia Francesa el *Enrique III*, de Dumas, el padre; y no hay rincón del Louvre, ni museo de artillería, que no se haya registrado en vista de la perfecta reproducción de peinados, trajes, armaduras, muebles, etc., etc. El colmo, empero, fué lo ocurrido en tiempo de la revolución, y fué que, como un diputado llamado Marie Chenier hiciese representar un dramón en que figuraba la matanza de la noche de San Bartolomé, cuya señal dió la campana de San Germán de *l'Auxerrois*, fué á esa parroquia y ¡zas! mandó llevar la campana al teatro, donde se encuentra aún.

Pero creo que hemos charlado ya bastante.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





## LA CURIOSIDAD CASTIGADA



—No puedo resistir más...

UN corría el tiempo en que los animales hablaban.

Difícilmente se hubieran encontrado cachorros más molestos y torpes que *Mufin* y *Gufin*, nacidos de una hermosa perra, y que vivían en casa rica. Siempre se encontraban al paso de los criados, y más bien servían de estorbo que de otra cosa. Olvidaban muy pronto los puntapiés recibidos, y, á pesar de las amonestaciones de su madre, mostrábanse incorregibles. Estos dos ridículos animales se distinguían particularmente por su ridícula curiosidad.

*Mufin* hacía continuas preguntas á su madre, y así, por ejemplo, quería saber por qué los caballos tenían cuatro piernas y el mozo de cuadra sólo dos, por qué no le daban á él de comer lo mismo que á las gallinas, y otras necedades por el estilo.

En cuanto á *Gufin*, deseaba saber todo cuanto se refería al sol, á la luna y á las estrellas, á las máquinas, á las bombas, y, en fin, á cuanto veía en el patio y jardín de la casa.

Los cachorros tuvieron oportunidad de ver el mundo exteriormente cuando los niños los llevaban á paseo; pero eran tan pesados y molestos, que muy pronto se prefirió dejarlos en casa. *Mufin* se detenía á cada paso para cazar moscas, y perdióse dos veces; mientras que *Gufin* se echaba en el suelo para revolcarse, y era preciso llevarle en brazos como una criatura.

Cuando volvieron á su domicilio, su madre les preguntó qué les había parecido el mundo; mas no supieron qué contestar. La verdad es que lo habían olvidado todo, porque no sólo eran torpes, sino que no tenían memoria.

*Mufin* y *Gufin*, que todo lo observaban, dominados siempre por su curiosidad, notaron un día que la gata, llamada *Cloe*, pasaba horas enteras en un cajón que contenía los cepillos de limpiar las botas.

Los dos cachorros pensaron entonces que aquel cajón debía encerrar algún misterio, y varias veces intentaron inútilmente penetrar en él, porque si los veía algún criado, ó el mozo de cuadra, ó cualquier chico, ahuyentábanles á golpes. Sin embargo,



... avanzaron presurosos hácia el cajón.



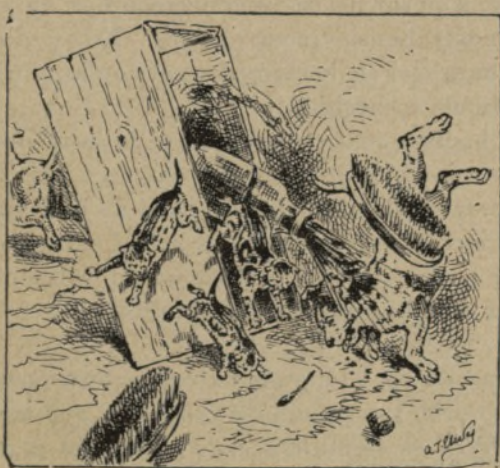
cierto día, *Gufin* consiguió acercarse mucho al cajón; pero de improvisto salió *Cloe* y dirigió al cachorro una mirada tan amenazadora que éste volvió corriendo á la perrera.

—No puedo resistir más,—dijo *Gufin* á su hermano pocos días después;—anoche he soñado que el cajón estaba lleno de huesos.

*Mufin* escuchaba con la mayor atención.

—Y te advierto,—continuó el otro,—que no eran huesos secos, sino cubiertos de carne deliciosa, y había tantos, que tuvimos suficientes para un mes.

—¿De veras has soñado esto?—preguntó *Mufin*.



Quedó cegado con el betún

—Sí; y también que los enterrábamos detrás del gallinero.

El resultado de ese sueño, fué que los dos cachorros proyectaron una trama para introducirse en el cajón; mas para esto era preciso esperar una oportunidad favorable: debían arreglarse de modo que su madre no los viera, evitando sobre todo un encuentro con la gata ó cualquiera persona de la casa.

Trascurrieron algunos días, y al fin se presentó ocasión para llevar á cabo el plan. Su madre había salido con el lacayo, y habían visto á *Cloe* saltar del cajón y alejarse en dirección á las cocinas. El co-

chero ni el mozo de cuadra no andaban tampoco por allí, y de consiguiente la oportunidad no podía ser más favorable.

—Ahora es el momento,—dijo *Gufin* alegremente;—vamos allá, *Mufin*.

Y los dos cachorros avanzaron presurosos hacia el cajón.

—Tú,—dijo *Gufin* á su hermano,—procura levantar el cajón por un lado, mientras que yo tiro por el otro, y así le haremos dar la vuelta.

Un momento después los esfuerzos combinados de los dos cachorros hicieron caer el cajón, del que salieron dos ó tres cepillos, una botella de betún líquido y cuatro gatitos pequeños, todo lo cual fué á dar en la cabeza del desgraciado *Gufin*, que, llena la cabeza y los ojos del negro líquido y casi cegado, comenzó á quejarse lastimosamente. En cuanto á los gatitos, huye ron espantados en todas direcciones.

*Mufin*, juzgando que la discreción era lo único que podía salvarle, corrió á la perrera, dejando á su hermano arreglarse como mejor pudiese, y lamentando sólo el no haber encontrado los huesos del cajón.

*Gufin* fué quien recibió todo el castigo, pues el betún se le introdujo en los ojos y la boca, y pudo saber entonces que tenía un gusto muy desagra-



dable. Además de esto, la gata llegó en el mismo instante y clavóle las uñas en el cuerpo, obligándole á huir más que á paso.

La madre reprendió bien á sus hijos, haciéndoles ver las malas consecuencias que puede acarrear una curiosidad excesiva.

## POR UN CLAVEL

**E**L rey de Holanda ha ofrecido unos miles de francos al que le presente un clavel azul. Aun cuando los modernos adelantos botánicos han obrado prodigios en la trasformación de los colores de las flores, no creemos que S. M. vea esta vez satisfecho su real capricho. Las hortensias pueden obtenerse azules regándolas

con agua disuelta con sulfato de cobre; las rosas y las flores de colores más encendidos, se vuelven instantáneamente amarillas sujetándolas á un vapor de azufre; pero pretender trasformar en azul un clavel, es un ensayo destinado á dar siempre resultados negativos. Además, ¿cabe flor más linda que un clavel rojo? ¿Por qué ambicionarlos, pues, de otro color? Y ya que de tan graciosas flores estamos hablando, vamos á hacer un poco de historia sobre su ídem.

A principios del siglo XVIII la moda se apoderó de los claveles, durando su reinado todo el siglo, sin que los aficionados mostraran sus preferencias por otras flores tan bellas por lo menos como su predilecta.

La patria de los claveles no es bien conocida: créese, sin embargo, que proceden de las montañas de la Europa meridional. San Luis, rey de Francia, fué el que trajo de Túnez, en 1270, los primeros claveles á los jardines de Europa.

Un catálogo de 1629 indicaba la existencia de 20 variedades; pero el clavel, como ya hemos dicho, no alcanzó verdadero apogeo hasta el siglo XVIII, cuando los aficionados se cansaron de las flores cultivadas con cebolletas de Holanda.

Asimismo un catálogo inglés publicado en 1702 enumeró 360 especies de claveles. Ya en posesión popular, su cultivo se extendió notablemente, sobre todo en Flandes, Bramante y Hemant, que dieron los más hermosos ejemplares de dichas flores. Tal popularidad é importancia consiguieron, que para el



La madre reprendió bien á sus hijos...



mejoramiento de su cultivo se publicaron centenares de tratados, mereciendo consignarse el escrito en 1660 por el príncipe de Condé, que contiene notables y curiosos preceptos para el cultivo de la hermosa flor.

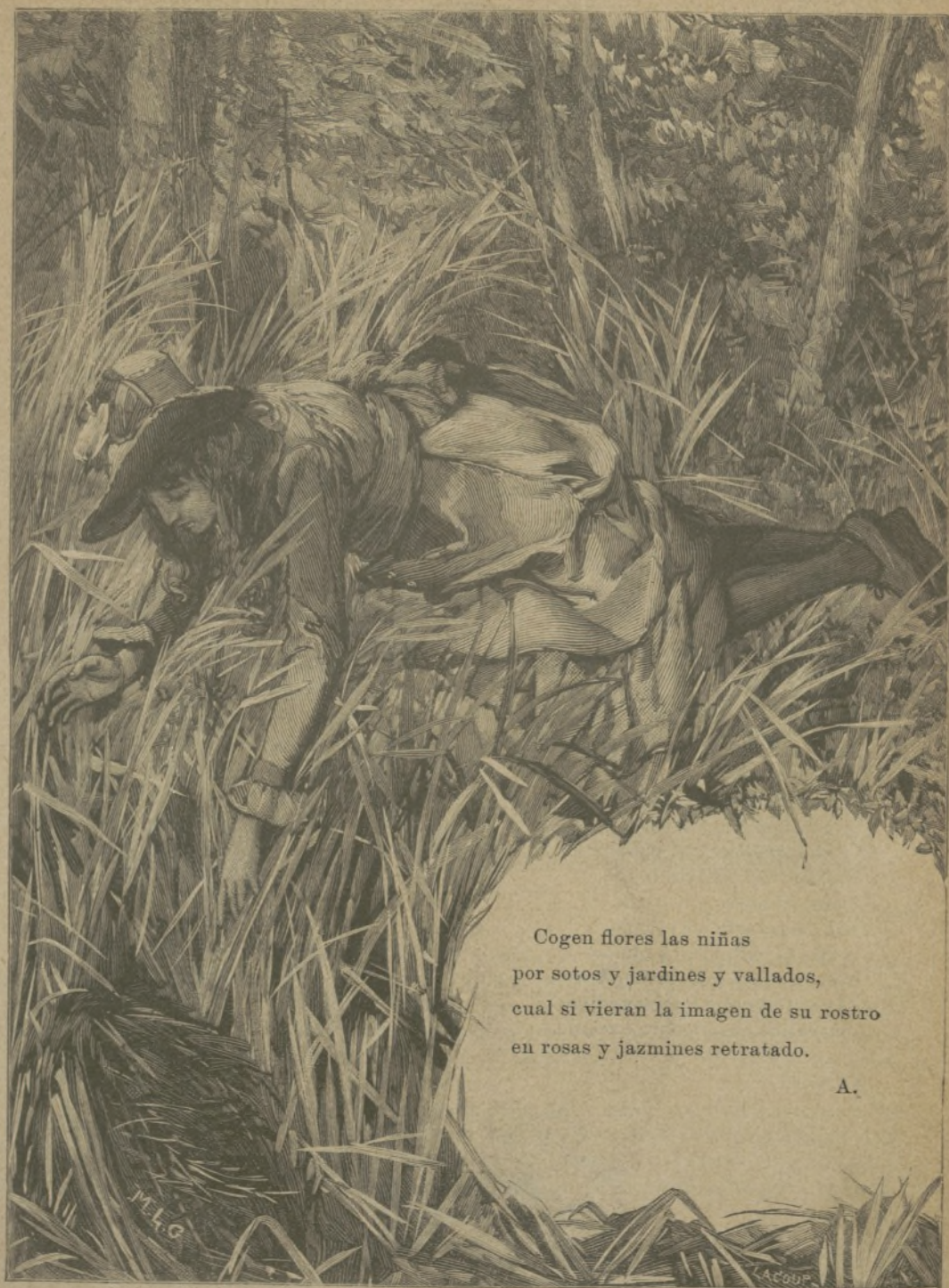
El gusto por los claveles se manifestó más que por otras flores, porque el clavel es la primera que nos manda la primavera y la última que nos arrebató el otoño, y además es susceptible de cultivarse en tierra común y en modesta maceta, y, por consiguiente, en casa del pobre. Pero cuando por consecuencia de los viajes botánicos se aumentó considerablemente el número de flores nuevas, los claveles fueron cayendo en desuso, y ya desde 1820 á 1830 las buenas colecciones empezaron á desaparecer.

Actualmente nuestros jardineros descuidan lastimosamente el cultivo de los claveles, así como el de otras flores no menos hermosas y delicadas, para cuidar con preferencia plantas exóticas que sólo las recomienda su hojarasca. A pesar del sitio secundario que en la floricultura moderna se les destina, los claveles deben á la naturaleza una esencia y una hermosura incomparable. Si en el siglo xvi se hubiera comprendido toda la belleza de los claveles españoles, Valencia, Alicante y Murcia serían tan célebres en la historia de las flores como Alejandría y Jericó, que se han immortalizado por sus famosas rosas.

A. OZORES







Cogen flores las niñas  
por sotos y jardines y vallados,  
cual si vieran la imagen de su rostro  
en rosas y jazmines retratado.

A.





## ¡CARIDAD!

—Tienes el genio muy vivo  
y eres caprichoso, Paco.

—¡No, que te voy á imitar  
á ti, que eres un pazguato  
sin energía! ; Muñeco!

—Aunque grites no me enfado.  
Yo, es verdad que no soy fuerte  
ni me agrada dar escándalo,  
y por eso mismo nadie  
me pone encima la mano.  
No te pasa á ti igual.

—¡Luis,  
tú llegarás á ser santo!

—Jamás aspiré, Francisco,  
á ocupar puesto tan alto,  
y únicamente soy dócil  
y obedezco sin reparo  
á mis papás.

—¡Pues yo no,  
Luis, y me encuentro tan ancho!  
Al que me chilla le atizo.  
al que me pide le araño,  
y hago novillos si quiero,  
y tengo en casa tabaco,  
y si alguna vez mi padre  
intenta darme tres lapos,  
como el *solfeo* me carga,  
sin respetarle me escapo.

—Y ¿no reflexionas nunca  
que eso está mal hecho, Paco?  
Ayer te vi que á un mendigo  
desvalido, á un pobre anciano,

le negaste una limosna...

—¡Que trabaje!

—Está baldado,  
y merece por sus canas  
que se le socorra.

—¡Claro!  
¡Le iba yo á dar como tú  
un pedazo de pan blanco!  
—Debiste hacerlo, Francisco,  
porque ese hombre en sus andrajos  
oculta un corazón noble:  
fué un valiente, fué un soldado.  
Cuando las tropas francesas  
de Napoleón traspasaron  
nuestra frontera, ese viejo,  
cumpliendo un deber sagrado,  
se alistó en nuestras legiones  
como otros mil, voluntario.  
Se batió con heroísmo,  
fué guerrillero arrojado  
que en unión de Espoz y Mina  
causó al invasor estragos;  
y en esa vida de lucha,  
sin hogar y sin descanso,  
contra la enfermedad  
que le mató sin matarlo  
y á mendigar le condena  
el sustento cotidiano.  
Y á ese hombre, Paco, que ha sido  
mártir, debemos premiarlo,  
dándole aunque sólo sea  
¡un rebojo de pan blanco!

FLORENTINO LLORENTE (FLORETE)

Valladolid





## EL BARATERO DEL COLEGIO

**E**RA el terror de los internos y de los externos un chico de catorce años que por su estatura hubiera podido figurar en una escuadra de gastadores y por sus fuerzas medirse con los mocitos que principiaban á gallear; pero todavía su atrevimiento era más desmedido.

En paz y en guerra, á las horas de estudio como á las de juego, con un



Gira por el río

pretexto ó con otro, apenas pasaba día sin hacer de las suyas, ora buscando camorra á los novatos, ora burlándose de sus antiguos compañeros.

Habíanle puesto por mote *Sansón*, y era el baratero del colegio: un tiranuelo que se mofaba de los ayos y profesores, y á quien todos sus condiscípulos tenían que pagar diversos tributos en acatamiento á su física superioridad.

Ya se le antojaba este juguete, ya aquella golosina; ya se empeñaba en que uno le limpiase las botas, ya en que otro le resolviese los problemas que le tocaban. Hasta solía conseguir que le sustituyesen los libros que rompía, no faltando algún infeliz que, por temor de sus puños, se atribuyera sus faltas y sufriese con resignación sus castigos.

Jugando un día á la pelota, como se le cayera en una alcantarilla, quiso obligar á su contrincante á buscarla á fuerza de golpes.

El otro era un puro nervio y muy inferior en fuerzas, pero no cobarde. Cruzóse de brazos, y, mirándole fijamente, le dijo:



—Sigue pegándome si quieres, que no me moveré de aquí; pero ten la seguridad de que algún día *te devolveré la pelota*.

Marcó estas últimas palabras intencionadamente, y Sansón se alejó soltando la carcajada y mirándole con piedad desdeñosa.

En cuanto á los compañeros, la mayoría aplaudió al más fuerte, y los menos compadecían de veras á Gilito, como llamaban al otro, no creyéndole capaz de poder vengarse, ó, lo que es lo mismo, de *devolverle á Sansón la pelota*.

\* \* \*

Nadie volvió á acordarse de aquello por la frecuencia con que ocurrían reyertas y lances por el estilo.

Algunos observaron que Gilito se aplicaba mucho á la gimnasia, constituyéndose en ayudante del profesor, que le enseñaba toda clase de ejercicios; y en poco tiempo alcanzó el número primero en los de agilidad y destreza.

Como era de carácter pacífico y generalmente no tenía que reñir con ninguno, á esas ventajas no les dieron otra importancia que la que adquiría con ellas en ciertos juegos, como el *salto*.

Respecto á *Sansón*, confiado en sus fuerzas naturales, ni se cuidaba de aumentarlas con la gimnasia ni creía que la destreza y la agilidad llegasen nunca á ponerle en aprieto.

Una tarde estaba todo el colegio merendando en un campo: cada alumno despachaba sus provisiones con el apetito que á esa edad se tiene, después de haber correteado un par de horas al aire libre, fuera de la vigilancia de sus profesores.

Gilito, de propósito, había llevado dulce de piña, por ser la golosina que más le gustaba á *Sansón*.

Cuando al baratero se le antojaba una cosa, jamás le ocurría pedirla por favor. Así, pues, alargó su manaza al plato de la piña sin pronunciar una sola palabra. Pero Gilito le atajó en la intención, retirándolo con toda calma.

—¡Te digo que lo quiero!—dijo el otro, amenazador.

—Pues yo te digo que no me da la gana de darte ni una migaja, á menos que me lo pidas con buenos modos.

—Yo te daré á ti lo que te conviene,—replicó *Sansón* acometiéndole.

Pero ya estaba en guardia Gilito, blandiendo un junco.

Era el bastón del baratero mucho más grueso, y en sus manos resultaba un arma temible; pero, con gran sorpresa de todos, no le sirvió de nada.

El débil junco, manejado con rapidez vertiginosa y con singular maestría, no solamente paró cuantos golpes trataba de asestarle, sino que repetidas veces hirió á *Sansón* en la frente, en las mejillas y en distintas partes del cuerpo.

Bufaba furiosamente, redoblando sus acometidas, entre la hilaridad general; y al ver la inutilidad de su fuerza contra aquella destreza, tiró su bastón con despecho.

El vencedor imitóle, arrojando también su junco.

El otro, entonces, volvió á acometerle á puño cerrado, clamando:

—¡A ver ahora si te sirve ser diestro en la esgrima!

Pero no logró pegarle ni un solo puñetazo. Gilito no le entregó su cuerpo: saltando y agachándose con la agilidad de un gato montés, le mareó á bofetadas, poniéndole la cara como un tomate.

Todos aplaudían, celebrando la derrota y la humillación del baratero.

Al cabo el cansancio puso término á aquel combate tan desigual, y entonces Gilito le dijo tranquilamente:





Después de Reyes

—Delante de todos prometí *devolverte la pelota*, y delante de todos *te la he devuelto*.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL





## ✻ NUESTROS GRABADOS ✻

### CAMINITO DE LA ESCUELA

No puede ser más conmovedor el efecto que produce esa parejita de hermanos, humildemente vestidos, de inmejorable pasta según revelan sus caras y su porte, y por añadidura huerfanitos por lo que se deduce de su traje. Temprano han comenzado á sentir los arponazos de la desgracia; pero son inteligentes, aplicados, y no cabe duda que sabrán labrarse con su honradez y su talento una posición en lo futuro.

### LA NIÑA LABORIOSA

La pequeña Elisa deseaba que le comprasen un vestido nuevo para ir á la escuela; pero su madre era muy pobre y no podía hacerlo.

Cierto día, al pasar por delante de una tienda próxima á su casa, vió unos percales de muestras muy bonitas, y detúvose á contemplarlos con ojos de envidia. En el mismo instante entró en la tienda un muchacho con un saco de castañas y entregóselas al dueño, y éste le dió en cambio un pedazo de paño.

—¡Ah!—exclamó la niña.—Si yo pudiera hacer eso, al fin me compraría un vestido.

El muchacho la oyó, y díjola que si quería acompañarle al bosque para ayudarle á coger castañas, le sería fácil conseguir su objeto.

Elisa aceptó gustosa el ofrecimiento del muchacho: fué con él al bosque para ayudarle á coger castañas, y, aunque era tan pequeña, á los tres días pudo obtener, gracias á su trabajo, un vestido del percal que más le agradó.

Apenas lo tuvo, corrió á su casa loca de alegría para enseñar el percal á su madre, quien acarició á su hija con el mayor cariño, elogiando su laboriosidad.

### GIRA POR EL RÍO

Mucha afición tienen los niños por embarcarse y dar un paseito por algún manso río ó ancho estanque, como se ve cada día en tantas partes. Esa clase de ejercicios son muy recomendables y deberían formar parte de las diversiones ordinarias allí donde sean posibles, pues al par que estimulan la actividad de las funciones corporales fortalecen la parte moral y desarrollan sentimientos varoniles y apego á los goces de la naturaleza.

### DESPUÉS DE REYES

Ahí tenemos un niño sesudito, arregladito, que no gusta de romper en seguida los juguetes para enterarse de *lo que hay dentro*. Aun le duran los juguetes que le trajeron los Santos Reyes; y quien tales pruebas da de buen juicio y de excelente espíritu de conservación, bien merecerá que el año próximo reciba mayores muestras todavía de la esplendidez con que los monarcas de Oriente saben recompensar á los niños sentaditos y cuidadosos.

### EL NIÑO Y LA ABEJA

—Yo no me cambiaría por ti,—díjole un niño á la abeja.

—Ni yo tampoco por ti,—contestó al punto el insecto.—Contenta estoy con mi suerte, y aunque te quieran mucho yo no te envidio por eso, pues á mí también me aprecian todos, porque saben cuanto valgo.



## LOS PERCANCES DE FRANCISCO

El joven Francisco, hijo de la ciudad, iba todos los veranos á pasar una temporada en la granja de su abuelo, donde había muchos bueyes, vacas y carneros.

El muchacho deseaba que aquellos animales se formalizasen con su presencia, pero todos huían de él apenas se acercaba; y cierto día uno de ellos hizo ademán de embestir á Francisco, que apenas tuvo tiempo para ponerse en salvo.

El abuelo tenía una ternera joven muy hermosa, y Francisco se aficionó á ella mucho; tanto que todos los días iba al pasto á jugar un rato con el animal.

Cierto día el abuelo dijo á su nieto que podría llevar la ternera al pasto. El chico se alegró mucho de recibir esta comisión, y marchó con el animal después de ponerle la cuerda al cuello para que no se escapara.

Una vez en el pasto, la ternera quiso correr como lo hacía siempre; mas Francisco la sujetaba y no podía conseguirlo. Al fin hizo un esfuerzo tan vigoroso que al chico no le fué ya posible sujetar la cuerda, y entonces la ternera, viéndose libre, comenzó á correr por el pasto.

Francisco fué en su seguimiento, y al fin fuéle posible coger á la fugitiva por la cola; pero el animal, más vigoroso, arrastró á su conductor un largo trecho, y al fin, al pasar junto á un pantano donde las vacas solían beber, el chico cayó en medio del agua y del cieno. No se hizo daño alguno; pero quedó cubierto de lodo, de tal manera, que la abuelita necesitó un par de horas para limpiar á su nieto, que desde entonces no quedó con ganas de volver á jugar con los animales.



El niño y la abeja

## LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

Al cabo de algún tiempo se durmió, como se duermen los niños cuando han llorado mucho. No hacía demasiado frío en la tienda: primero porque estaba herméticamente cerrada, y después porque al lado había unos vecinos que tenían encendido un gran fuego. Además Augusto iba vestido con un traje muy caliente y su sangre tenía todo el ardor de la juventud. Así, pues, no tenía frío, por más que haga en Munich un frío terrible las noches de diciem-



bre. Durmió, y durmiendo olvidó sus pesares, los peligros que corría y el hambre, que durante todo el día se había dejado sentir agudamente.

Daba la media noche en todos los relojes de la ciudad cuando se despertó. Abrió la puerta de la estufa y miró á su alrededor para saber de dónde procedía aquella luz extraña de que estaba rodeado.

Era, en efecto, una luz muy extraordinaria; y, lo que es más extraordinario aún, no estaba ni asustado ni sorprendido al ver el espectáculo fantástico que alumbraba. Todo el almacén de baratillo se hallaba en movimiento.

Una gorda cántara de Krussen bailaba solemnemente un *minué* con un jarro panzudo de Faenza; un gran reloj holandés ejecutaba una gavota con una vieja silla de delgadas patas; una figura grotesca de porcelana de Liffenhäusen saludaba profundamente á un soldado muy tieso de tierra cocida de



Los percances de Francisco

Ulma; un viejo violín de Cremona tocaba solo, y de una antigua espinela, de pinturas borrosas que representaban rosas, salía una melodía agrecilla que tenía pretensiones de ser alegre; un espejo de Dresde se paseaba coronado de flores; un bronce japonés se daba grande importancia en un sillón; una estrecha espada veneciana se las había con un gran sable de Ferrara en presencia y ante los ojos de una malvada damisela muy pálida, de porcelana blanca de Nymphenburs; una gruesa cántara de Franconia de gres gris gritaba á grito herido:—

¡Esos italianos siempre con los aceros al aire!—Pero nadie le escuchaba. Una tropa de tazas de Dresde, con sus platillos, iban salteando y val-sando; unas teteras, con sus anchas formas redondas, hacían rodar sus tapaderas como perinolas; unas sillas doradas, de alto respaldo, jugaban á cartas; un perrito de aguas, de porcelana de Sajonia, que llevaba al cuello una cintita azul, iba dando saltitos y metiéndose con todo el mundo; un gato amarillo, de Cornelio Lachtleven, se paseaba montado sobre el lomo de un caballo azul de tierra cocida que llevaba la fecha de 1489.

La luz que alumbraba aquella escena fantástica procedía de tres candelabros de plata sin bujías. Augusto encontraba eso muy natural, solamente que las melodías del violín y de la espinela le daban ganas de bailar.

Aquel deseo debía leerse en su cara, puesto que una linda damisela, rosa, oro y blanco, de fina porcelana de Meissen, con cabellos empolvados y zapatitos de tacones altos, se fué para él, le tendió la mano sonriendo y se lo llevó para bailar el *minué*.

(Se continuará)

✕

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.